

MENIQUÉ

CUENTO DE LEFEBVRE DE LABOULAYE .

EDITORIAL
TOR





00163312

Moquita



J. COSTA 1940

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|--------------------------------------------------------|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Sciovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododas |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Ah Bahá y los 49 ladrones | 58 La señorita Scuderí |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constancia |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolásón y Nicolastín |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélida |
| 15 Caperucita Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas | 68 La Sirenta |
| 19 La princesa picarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del zorro | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Andes a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Meñique | 80 La camisa del hombre feo |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenuo |
| 40 El pájaro que roía | 90 Los dos rubefiores |
| 41 La Centicienta | 91 El ladrón de Bardad |
| 42 Aventuras del rey Boder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fáb.
bula de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorinea | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley



MENIQUE

I

Los hijos del campesino



ACE muchos años vivía en un remoto país, un campesino que tenía tres hijos llamados Pedro, Pablo y Juan. Pedro era un muchacho gordo, activo y emprendedor.

Pablo era enfermizo. Su rostro tenía una constante palidez, y en su alma anidaban siempre la envidia y los celos.

Juan no se parecía a ninguno de sus hermanos mayores. Sus facciones eran finas como las de una mujer y tan movedizo como una ardilla. Tenía un solo defecto: su escasa estatura. Era tan chico, tan chico, que cabía en una bota de su padre. Por eso nadie lo llamaba por su nombre de pila, sino por Meñique.

El padre de estos tres muchachos era muy po-

bre. Miren ustedes si lo sería, que, cuando se presentaba en su casa con unas monedas, había fiesta.

Como el pan costaba mucho, aunque era negro el que comían, apenas los tres fueron creciditos, el campesino les pidió que abandonaran la choza, y se fueran a ganar la vida por ahí.

Pero no habiendo más remedio, y, haciendo de tripas corazón, partieron.

II

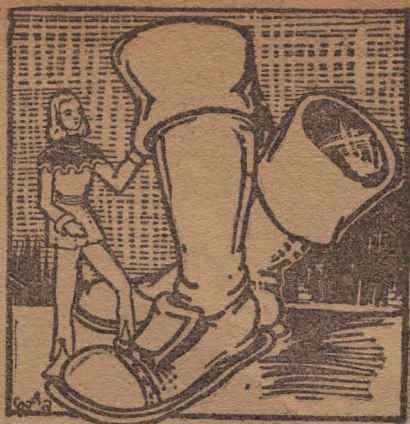
El capricho del rey

A una legua, más o menos, de la choza del campesino, tenía el rey un lindo palacio de madera, con veinte balcones de roble tallado y seis ventanas.

Una noche de verano que hacía mucho calor, brotó de la tierra frente a las seis ventanas un roble gigantesco con ramas tan gruesas y tan frondoso, que dejó a oscuras el real palacio. Para colmo, se trataba de un árbol encantado, contra el cual no había hacha que le hiciera mella; antes por el contrario, era el grueso tronco el que mellaba el filo de la herramienta. Lo único que cedía eran las ramas; pero por cada rama que se cortaba, salían dos.

El rey, desesperado ante semejante obstáculo, ofreció dos bolsas llenas de monedas de oro a quien consiguiera sacarle de encima el mágico roble. Y, aunque muchos lo intentaron, no lo consiguieron.

Y no era ésta la única desgracia del infeliz monarca. Resulta que en aquel país, donde hasta



Cabía en una bota de su padre

de las piedras del camino brotaban los manantiales, no había agua en el palacio. La gente de la real mansión tenía que lavarse con cerveza y afeitarse con miel. En vista de ello, el rey había prometido conferir el título de marqués, junto con muchas tierras y dinero, al que abriera un aljibe en el patio principal del palacio, que le permitiera guardar agua para todo el año.

El rey ofreció casar a la princesa heredera con quien cortase el árbol y abriese el pozo.

En realidad, el premio no podía ser más tentador, pues si las tierras eran fértiles como pocas, la princesa tenía fama de ser una de las más bellas e inteligentes de aquella época. De ahí que llegara de todas partes un verdadero ejército de hombres robustos con el hacha al hombro y empuñando un pico.

Pero todo seguía siendo inútil: las hachas se

mellaban en el tronco como si fueran de manteca, y los picos se despuntaban en la roca, como si fueran de cartón.

III

El hacha encantada

Pedro, Pablo y Meñique se enteraron, como todo el mundo y se encaminaron en dirección al palacio.

Camina que caminarás, llegaron a un pinar muy espeso que cubría por completo toda la ladera de una montaña.

De pronto oyeron un ruido seco y acompasado, como de un hacha que trabaja y de árboles que caen.

—¿Qué será ese ruido de allá arriba? —preguntó Meñique.

—El que no sabe nada lo quiere saber todo —dijo por toda respuesta Pablo.

—Cualquiera diría que nunca oíste hachar leña —exclamó Pedro, retorciéndole el cachete de un cariñoso pellizco.

—Voy a ver cómo lo hacen —dijo Meñique.

Y, saltando de rama en rama y gateando de piedra en piedra, subió en dirección al lugar del cual venía el ruido.

¿Y saben lo que encontró una vez que hubo llegado? Pues nada menos que un hacha encantada que cortaba sola. Estaba derribando en aquel momento un alto y frondoso pino.

—Buenas tardes, señora hacha —le dijo Meñique—. ¿No le cansa cortar sola un árbol tan viejo?



Un roble gigantesco con ramas tan gruesas...

—¡Eres tú? —le replicó la herramienta—. Hacía muchos años que te esperaba.

—¡De veras? ¡Pues aquí me tiene! ¡Me permite que la tome?

—No deseo otra cosa.

Entonces el muchacho metió el hacha en una bolsa de cuero que llevaba, y bajó la montaña saltando, cantando y riendo.

IV

El pico que picaba solo

Los tres hermanos siguieron caminando, y de pronto oyeron un ruido también seco y acompañado como el del hacha, pero de distinto sonido.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó Meñique.

—Se ve que eres un pichón que acaba de salir del huevo —le contestó Pablo, con el fastidio de costumbre—. ¡No te das cuenta que es un pájaro carpintero que picotea algún árbol?

—Voy a ver si es cierto —dijo el menor de los hermanos.

Y volvió a trepar entre las rocas y las ramas, mientras Pedro y Pablo se reían a carcajadas. ¡Y saben lo que encontró? Pues un pico encantado que picaba solo y abría una roca como si ésta fuera de manteca.

—Buenos días, señor pico —le dijo el muchacho—. ¡No le cansa tanto picar solo en esa roca vieja?

—¡Ah! ¡Eres tú? —le contestó el pico—. Hacía muchos años que te esperaba.

Tomó Meñique el pico, lo sacó del mango, los



Metiéndose por todas las sendas...

metió a los dos en su bolsa de cuero y bajó la ladera, saltando, cantando y riendo.

—¿Qué es lo que ha visto el señor curioso? — le preguntó Pablo.

—Simplemente, un pico —respondió Meñique. Y los tres siguieron andando sin hablar

V

La cáscara mágica

Más adelante encontraron un arroyo de claras aguas, y se detuvieron a beber, pues tenían mucha sed.

—Me gustaría saber de dónde sale tanta agua —dijo Meñique.

—¡Grandísimo curioso! —gruñó Pablo—. ¿De dónde quieres que salga, si no de bajo tierra?

—Voy a ver si es cierto.

Y otra vez Meñique se separó de sus hermanos. Echó a andar por la orilla del arroyo, y vió que cada vez se iba estrechando más, hasta quedar reducido a un hilo de agua. ¿Y saben lo que encontró cuando llegó al fin? Pues una cáscara de nuez mágica de la que salía agua clara y fresca a borbotones.

—Buenos días, señor manantial —dijo Meñique—. ¿Ne le aburre vivir solito en ese rincón?

—¡Ah! ¿Eres tú? —contestó el agua—. Hacía años que te esperaba.

—¿De veras? ¿Pues aquí me tiene! ¿Me permite que lo lleve?

—Es lo que estoy deseando.

El muchacho tomó la cáscara de nuez, la envolvió en musgo fresco para contener el agua, se la puso en su bolsa de cuero y se volvió por donde había venido, saltando, cantando y riendo.

VI

La prueba

Por fin llegaron al palacio real, donde vieron que el roble crecía más frondoso que nunca, y que nadie había podido abrir el pozo.

En la puerta había el cartel con el ofrecimiento real. Pero como el monarca se había cansado de ver, con la multiplicación de las ramas del árbol, tantos fracasos, había hecho clavar debajo de és-



Un pico encantado que picaba solo.

te otro cartel en que se decía que se le cortarían las orejas al que fuera a voltear el árbol o a abrir el pozo y no consiguiera una cosa u otra.

Al leer el aviso, Pedro se echó a reír y se dispuso a cortar el roble. Revoleó el hacha y de un solo golpe cortó una de las ramas más gruesas del árbol encantado. Pero en seguida brotaron dos ramas igualmente grandes en el mismo lugar del hachazo. Entonces los soldados le cortaron las orejas a Pedro.

—¡Pedazo de inútil! —le dijo Pablo, y se dirigió al roble con el hacha, y de un fuerte golpe le cortó una gruesa raíz. Pero en el mismo lugar del hachazo salieron dos nuevas raíces tan gruesas como la cortada.

Entonces el rey mandó que le cortaran las orejas al que no había querido aprender en la cabeza de su hermano.

Pero Meñique no se acobardó por eso, y se dispuso a voltear el roble. Al verlo, el rey, gritó:

—¡Sáquenme a ese enano de ahí! Y si no se quiere ir, córtense las orejas por anticipado.

Entonces el muchacho, después de hacer una profunda reverencia, le dijo al soberano:

—Majestad, vuestra palabra es ley. Por lo tanto, tengo derecho a probar mi suerte, puesto que el cartel real me lo concede. Si fracaso, entonces podéis daros el gusto de cortarme las orejas.

—Está bien —dijo el monarca, más enojado que nunca—. Cumple tu intento, pero te prevengo que, además de las orejas, te rebanarán la nariz, si no lo consigues.

—Gracias, majestad —contestó Meñique.

Inmediatamente sacó el hacha encantada de su bolsa de cuero ante el asombro general, pues la herramienta era más grande que él. Cuando la hubo sacado, dijo:

—¡Vamos, hacha! Corta, corta...

Y el hacha cortó, astilló y volteó las ramas.

Cuando del roble no quedaba una sola hoja, Meñique se dirigió donde estaba el rey sentado al lado de la princesa heredera y les hizo un cortés saludo. Luego le dijo al monarca:

—Ahora me dirá vuestra majestad dónde quiere que le abra el pozo.

—En el patio principal —le contestó el soberano.

Y todos los cortesanos con el rey a la cabeza fueron al patio principal para ver cómo se portaba el pequeño muchacho.

Llegado que hubo en mitad del gran patio, Meñique, con toda tranquilidad, metió la mano en su bolsa de cuero, sacó el pico, sacó el mango, en-



*Y otra vez Meñique se separó de sus
hermanos.*

cajó aquél en éste, lo colocó en el lugar indicado por el rey y dijo:

—¡Vamos, pico! Cava, cava...

Y el pico se puso a cavar y el granito fué saltando en mil pedazos, hasta que quedó abierto un pozo de cien pies de profundidad. Entonces Meñique se dirigió al soberano y le preguntó:

—¿Le parece a vuestra majestad que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo, no digo que no; pero de nada me sirve, ya que no tiene agua.

—La tendrá —dijo el muchacho.

Y, sacando de la bolsa de cuero la cáscara de nuez mágica, le quitó el musgo que la cubría y la echó al fondo del pozo, mientras decía:

—¡Vamos, manantial! Brota, brota...

Y el agua empezó a brotar tan abundantemente, que al cuarto de hora ya estaba lleno el pozo.

Entonces, poniéndose de rodillas ante el rey, dijo el muchacho:

—Vuestra majestad dirá si cumplí sus deseos.

—¡Oh, sí, marqués de Meñique! —respondió el monarca—. Has cumplido, y, por lo tanto, te daré la mitad de mis tierras, mejor dicho, te pagaré su importe con los nuevos impuestos que voy a crear.

VII

En busca del gigante

En lugar de irse a dormir, Meñique salió en busca de sus hermanos, que parecían dos cachorros de gran danés, con las orejas cortadas.

—Ya veis —les dijo tan pronto los encontró— que hice muy bien en querer averiguarlo todo.

—La fortuna te ha favorecido, nada más —le contestó Pablo—. Es una diosa ciega que suele ayudar a los tontos.

Pedro, en cambio, le dijo:

—Querido hermano, aunque me duele mucho el corte que me han hecho en las orejas, me siento feliz al ver que has tenido suerte.

Meñique, ya convertido en marqués, se llevó consigo a palacio a sus dos hermanos y ordenó que les dieran buenas comidas.

Los tres se acostaron y durmieron a pata suel-



—Cumple tu intento, pero te prevengo que...



Considerando que se le haría muy difícil encontrar el



buscaba, púsose a gritar: "¡Eh, gigante! ¿Dónde estás?"

ta. No así el rey. Y no era el agradecimiento la causa del insomnio, sino el disgusto de tener que casar a su hija con aquel enano que se podía esconder en el interior de una bota.

A la madrugada, y no pudiendo aguantar más, mandó buscar a los dos hermanos de Meñique, con el fin de preguntarles quiénes eran sus padres y saber si el pretendiente era persona de buen carácter y educado, como quieren todos los suegros que sean sus yernos.

Primero habló el mayor, o sea Pedro, quien contó de Meñique muchas cosas favorables que pusieron al rey de mal talante.

Después habló Pablo, y éste dejó al monarca muy contento, pues le dijo que el marqués era un aventurero lleno de pretensiones, un insecto infatuado, indigno, por lo tanto, de casarse con la hija del rey.

—Es tan presumido —le dijo— que se cree capaz, a pesar de su ridícula estatura, de pelear con un gigante.

—¡Ah! ¡Sí!... Pues ya lo vamos a ver —contestó el rey, satisfecho.

Y se volvió a la cama, donde pudo dormir tranquilo hasta bien entrada la mañana.

Cuando se hubo levantado y lavado con agua en lugar de cerveza, llamó a Meñique y le dijo:

—Un hombre de bien como eres tú, no puede casarse con una mujer del rango de la princesa sin tener cómo ponerle una gran casa con servidumbre propia de una mansión real.

—Tenéis razón —contestó el marqués—. Pero si me decís lo que debo hacer para obtener los recursos...

—A eso voy. En el bosque hay un gigante que



Parecían dos cachorros de gran danés...

mide veinte pies de altura, el cual se desayuna todos los días con un novillo al espiedo. Imagínate lo lindo que quedaría un tipo así como sirviente de palacio. Este es el regalo que desea mi hija antes de darte el sí.

—No es poco lo que pide, ciertamente —respondió Meñique—, pero trataré de complacerla.

Dicho esto, se despidió del rey, se encaminó a la cocina, metió en la bolsa de cuero el hacha encantada, un pan, un pedazo de queso y un cuchillo afilado. Se echó luego la bolsa a la espalda y se fué al bosque.

Al verlo partir, Pedro lloraba y Pablo reía. Y es que ambos pensaban que no podría regresar después de haberse encontrado con el gigante.

Mientras tanto, Meñique llegó al bosque. El pasto era tan alto que no podía ver nada, pues lo

subría por completo. Considerando que se le haría muy difícil dar con el que buscaba, se puso a gritar:

—¡Eh, gigante! ¿Dónde estás? Debes saber que aquí llegó Meñique, dispuesto a llevarte vivo o muerto.

—¡Aquí estoy! —dijo un vozarrón que era ni más ni menos que el del gigante—. Me alegro que hayas venido. Te voy a tragar de un solo bocado.

—No te apures tanto —le contestó el muchacho—, que estoy dispuesto a conversar contigo durante una hora larga.

El gigante estaba desconcertado. Volvía la cabeza de un lado para otro sin ver al que le estaba hablando. Por fin se le ocurrió bajar la vista, y allá abajo, chiquito como un picaflor, vió a Meñique sentado en un tronco, con la bolsa de cuero entre las rodillas.

VIII

El triunfo de Meñique

—¡Eres tú el que me ha despertado con tantos gritos? —le dijo el gigante al muchacho.

—Sí, soy yo, pues quiero que seas mi sirviente.

—¡Habrás visto! ¿Yo tu sirviente? Mira... Con la punta de este dedo te voy a mandar allá arriba, al nido del cuervo, para que te saque los ojos. Así aprenderás a no entrar en mi bosque sin permiso.

—¿Tu bosque?... Este bosque es tan tuyo como mío. Y, si sigues haciéndote el malo, te lo volteo en un cuarto de hora.



Le debía tener que corresponder...

—¿Voltearme tú mi bosque? ¡No me hagas reír!

—¿Quieres verlo?

—Pues claro que lo quiero ver.

Entonces Meñique sacó el hacha encantada del interior de la bolsa y le dijo:

—¡Vamos, hacha! Corta, corta...

Y el hacha cortó, astilló, volteó ramas y troncos, arrancó raíces e hizo montañas de leña.

—¡Basta! ¡Basta! —gritaba asustado el que se decía dueño del bosque—. ¡Quién eres tú, que tienes semejante poder?

—Soy el Mago Meñique. Basta que le diga una palabra a mi hacha, para que te corte la cabezota que tienes. Quédate quieto ahí, si no...

Y el gigante se quedó quieto, mientras Meñique, abriendo su bolsa, se puso a comer pan con queso.

—¿Qué estás comiendo? —le preguntó el gigante, extrañado, pues nunca había visto queso.

—Como piedras blancas. Por eso soy más fuerte que tú.

—Yo como carne.

—La carne engorda y nada más. Por eso te digo que soy más fuerte que tú. Quiero que me lleves a tu casa.

El gigante, manso como un perrito, echó a andar adelante, señalando el camino, hasta que llegaron a una casa enorme en cuya puerta había una nave de tres palos y cuyo balcón parecía un teatro vacío.

—Como comprenderás —le dijo Meñique—, uno de los dos tiene que ser el patrón. Para ello te propongo un trato: si yo no puedo hacer lo que haces tú, seré sirviente tuyo, y si tú no puedes hacer lo que haga yo, serás sirviente mío.

—Trato hecho —dijo el gigante—. Puedes ir practicando. Allá están mis dos baldes. Tómalos y tráeme el agua para la comida.

Meñique dirigió la vista al lugar indicado y vió dos baldes grandes como dos tanques, de diez pies de alto y seis de diámetro. Más fácil le era ahogarse en ellos que cargarlos.

—Parece que en la primera prueba ya estás vencido —le dijo el gigante—. Vamos, haz lo que yo hago, y trae el agua.

—¿Y para qué tengo que cargar yo con ese peso? —le contestó Meñique—. Eso está bien para ti, que eres bestia de carga.

—¿Entonces, qué eres capaz de hacer tú?

—Algo mejor. Yo soy capaz de ir donde está el arroyo, tomarlo en brazos, traerlo hasta aquí y llenarte los baldes de agua.



—¡No, por favor! Tu poder me da miedo.

—¡No, por favor! Tu poder me da miedo. Ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora eres muy capaz de dejarme sin agua para beber. Mejor ve encendiendo el fuego, mientras yo voy a llenar los baldes.

Y así se hizo. Y una vez que Meñique tuvo el fuego encendido y el gigante regresó con el agua, éste, en la gran olla que colgaba del techo, echó todo un buey cortado en pedazos, una bolsa de nabos, cuatro canastos de zanahorias y cincuenta repollos.

—Bueno, ya está la comida —dijo el gigante—. Vamos a la mesa. Y ahora veremos si eres capaz

de hacer lo que hago yo, o sea, comerte todo este buey.

—Acepto el desafío —exclamó Meñique.

Pero antes de sentarse a la mesa, se metió bajo la blusa que llevaba, la boca de su bolsa de cuero, que era de buen tamaño, de manera que le llegaba del cuello a los pies.

El gigante comía, y comía, y comía. Y Meñique hacía otro tanto; sólo que, en lugar de echarse en la boca los repollos, y las zanahorias, y los nabos, y las presas de carne, los echaba en la bolsa.

—¡Uf!... Ya no doy más —dijo el gigante—. Este buey era de los grandes. Voy a tener que desprenderme un botón del chaleco.

—Pues mira cómo yo como —exclamó el muchacho.

Y se zampó un repollo entero, que fué a dar en el interior de la bolsa.

—¡Qué barbaridad! —siguió diciendo el gigante, después de hacer otro esfuerzo—. Voy a tener que desprenderme otro botón.

—No te rindas tan pronto —le dijo Meñique—. Come como yo.

Y se echó al estómago postizo otro gran pedazo de carne.

—¡Zas! —exclamó el gigante—. Se me saltó el tercer botón del chaleco, y ya no me cabe ni un garbanzo. ¡Y a ti cómo te va, hechicero del diablo!

—¡A mí? —dijo el muchacho—. ¡Muy bien! Y si quiero seguir cargando, no tengo más que hacer una cosa. Mira...

Y, extrayendo un filoso cuchillo, se abrió de arriba abajo la blusa y la bolsa de cuero, con lo que todo lo que había hecho ver que comía, saltó sobre el piso.



—Hija de rey o
de campesino.

—Ahora te toca a ti —agregó, alargando el
cuchillo al gigante—. Haz lo que yo acabo de ha-
cer, si no quieres ser sirviente mío.

—No, gracias. Prefiero ser tu esclavo antes que
abrirme la barriga.

Meñique paladeaba con satisfacción el triunfo
logrado con su inteligencia.

Meñique y el gigante se dirigieron a palacio.

IX

El gigante sirviente

Con el pozo lleno de agua y el roble convertido
en leña, en el palacio estaban de gran fiesta. Na-
die se acordaba de Meñique ni de que le debían el

agua y la luz del día. Y en lo mejor del holgorio oyeron un ruido ensordecedor y una sacudida que hizo temblar las paredes, como si una mano sobrenatural estuviera sacudiendo el mundo. Era el gigante, que había llegado con su nuevo dueño, y al ver que no pasaba por el portón, lo había echado abajo de un feroz puntapié.

Todo el mundo se asomó a las ventanas para averiguar la causa de aquel terremoto, y todo el mundo quedó asombrado al ver a Meñique sentado con la mayor tranquilidad en el hombro del gigante, de manera que tocaba con la cabeza el balcón en que estaba el rey. Saltó el muchacho la baranda, se puso de hinojos delante de la princesa y le dijo:

—Dueña mía, querías un sirviente, y aquí tienes dos: uno grande de corazón pequeño, y otro pequeño de corazón grande.

Dirigiéndose entonces en voz alta a Meñique, le dijo la princesa:

—Marqués, ya hemos visto que eres valiente y afortunado; pero eso no es suficiente para enamorar a una mujer.

—Ya lo sé —contestó él—. Hace falta obedecer sus órdenes y complacerla en sus caprichos.

—Efectivamente. Veo que, además de valor, tienes inteligencia. Y, porque la tienes, voy a someterte a una última prueba antes de concederte mi mano. Te desafío a quién es más inteligente de los dos. Si lo eres tú, me casaré contigo; si lo soy yo, quedaré libre para casarme con otro.

—Acepto —dijo Meñique, haciendo una profunda reverencia.



—Aquí está mi mano.

X

La adivinanca

Todos los cortesanos se dirigieron a la sala del trono, donde se iba a realizar la interesante prueba.

Y se inició el desafío. La primera en hablar fué la princesa. Dijo:

—Empezaremos el torneo con una bufonada. Es fama que las mujeres dicen muchas mentiras. Veremos si eso de las mentiras es cierto. Ganará el

que la diga más grande. El que de los dos exclame: "¡Eso es demasiado!", perderá.

—Por complacerte —dijo Meñique—, mentiré jugando y diré la verdad con toda el alma.

—Me consta —dijo ella— que tu padre no tiene tantas tierras como el mío.

—Eso no es mentira.

—Déjame seguir... Cuando dos pastores en las tierras de mi padre tocan el cuerno que acostumbra a hacer sonar al anochecer, no se oyen mutuamente.

—Eso no es nada —dijo el muchacho—. Las tierras de mi padre son tantas, que cuando una ternerita de dos meses entra por un extremo, es ya vaca lechera cuando sale por el otro.

—¡Valiente cosa! En tu corral no habrá un toro tan grande como el que tengo en el mío. Cómo será de grande, que dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse aunque cada uno tenga una picana de veinte pies.

—¡Vaya una insignificancia! La cabeza del toro de mi corral es tan grande, que el hombre que está montado en un cuerno, no puede ver al que está montado en el otro.

—No me asombra. En tu casa no dan las vacas tanta leche como en la mía. Nosotros llenamos cada mañana veinte bordelesas, y de cada ordeño sacamos un montón de quesos tan alto como la más alta de las pirámides de Egipto.

—No hay por qué sorprenderse. En el tambor de mi casa hacen unos quesos tan grandes, que un día se cayó una yegua en la batea y no la encontramos hasta después de una semana. El pobre animal se había quebrado el espinazo. Para curarlo, le puse un pino en el lugar del hueso,



Por la noche hubo grandes fiestas.

pero una mañana le salió una rama por encima de la piel y creció tanto, que me subí en ella y toqué el cielo con las manos. Y en el cielo vi una señora toda vestida de blanco que trenzaba un piolín con la espuma del mar.

—¡Eso es demasiado! —exclamó la princesa—. A mi padre, el rey, nadie se ha atrevido nunca a tirarle de las orejas.

—¡Patrón! —gritó el gigante—. La princesa acaba de decir: “¡Eso es demasiado!”. Has ganado tú.

—Todavía no —dijo la princesa, que estaba a punto de revelar su desesperación—. Te falta aún adivinar unos pequeños chistes y hacerme, por tu parte, otros.

—No sabía que eso estuviera en el trato —dijo Meñique—, pero no importa. Vengan los chistes.

—¿A que no sabes lo que le dijo el monaguillo a la iglesia abandonada?

—Eso ya lo sabía yo apenas empecé a tener uso de razón. Lo que le dijo el monaguillo a la iglesia abandonada fué lo siguiente: “¡Pobrecita! Ya no tienes cura”.

—Bueno, ahora te toca a ti.

—Ahí va: ¡Qué le dijo el cuchillo a la sandía?

—Eso lo adivina una criatura. Lo que le dijo el cuchillo a la sandía fué: “Ya te tengo calada”.

—¡Muy bien! A ver qué nuevo chiste se te ocurre. Y, por favor, que sea un poco más difícil.

—Vamos a ver... ¡Qué le dijo la pantalla al fuego?

—Pues le dijo: “A ver si te avivas”. ¡Y el corcho a la botella?

—“Te voy a tapar la boca”. ¡Y el gusano chico al gusano grande?

—“¡Me dejas dar una vuelta a la manzana?”

—Bueno, ahora te toca decirme el último.

—Allá va: ¡Qué le dijo el campo a la inundación?

—“Eso es demasiado”.

—¡Patrón! —gritó de nuevo el gigante—. La princesa ha vuelto a decir “Eso es demasiado”. Has ganado tú. No pierdas más tiempo.

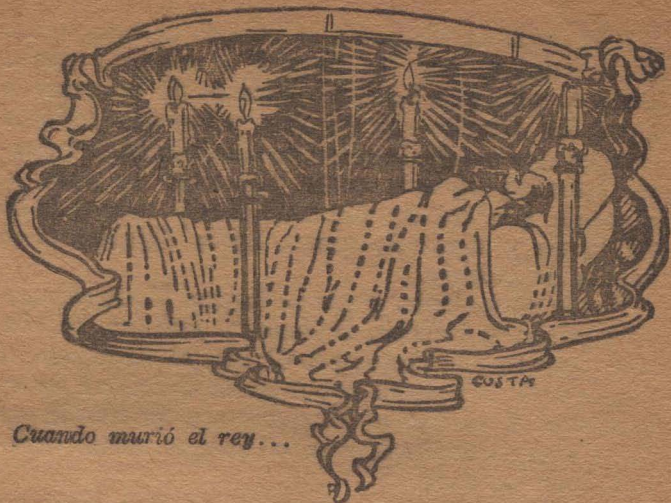
—Todavía —se apresuró a decir la princesa—. Has ganado solamente una parte de la prueba. Te voy a poner unas adivinanzas, a ver si las aciertas. Si sales airoso, nos casamos en seguida.

—Bueno, empecemos —dijo Meñique.

—¡Qué es lo que siempre está cayendo y no se rompe nunca.

—¡Bah! Mi madre me arrullaba siempre con esta adivinanza. Es la cascada.

—Bueno, veamos si aciertas ésta —dijo ella con bastante miedo—: ¡Quién recorre todos los días



Cuando murió el rey...

el mismo camino sin necesidad de volverse atrás!
—¡Bah! Eso ya me lo contaba mi madre también. Es el sol.

—Efectivamente, el sol es —dijo la princesa, pálida de rabia—. Veamos si aciertas la última adivinanza. ¡En qué piensas tú y no pienso yo! ¿Qué es lo que no pensamos ninguno de los dos?

—Dueña mía: aunque va en ello mi felicidad, apenas me atrevo a descifrar tu adivinanza. Pero allá va. Yo pienso que comprendo lo que me quieres decir y tú piensas que no lo entiendo. Tú, como princesa que eres, piensas que este humilde servidor es indigno de ser tu marido, y yo no pienso que haya conseguido merecerte.

—¡No sigas! —exclamó la princesa—. Aquí está mi mano, marqués de Meñique.

A la mañana siguiente se realizó el casamiento de la princesa con Meñique. Y el gigante estaba tan contento, que les iba colocando su tricornio a todos los árboles del camino, y cuando salió la carroza que conducía a los novios, tirada por cuatro caballos mansos como palomas, se puso el carruaje a la cabeza con animales y todo y salió corriendo y lanzando vivas, hasta dejarlos a la puerta de palacio.

Por la noche hubo grandes fiestas. Todo el mundo cantaba y bailaba. Solamente uno, en un rincón, permanecía hosco: era Pablo, el envidioso, el desorejado. No podía soportar la felicidad de su hermano. Y se fué al bosque para no participar de la alegría general, y en el bosque murió devorado por los osos.

Cuando murió el rey, entró a mandar Meñique. Y cuentan las crónicas que no hubo rey tan bueno en el universo.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 25 de setiembre de 1944.

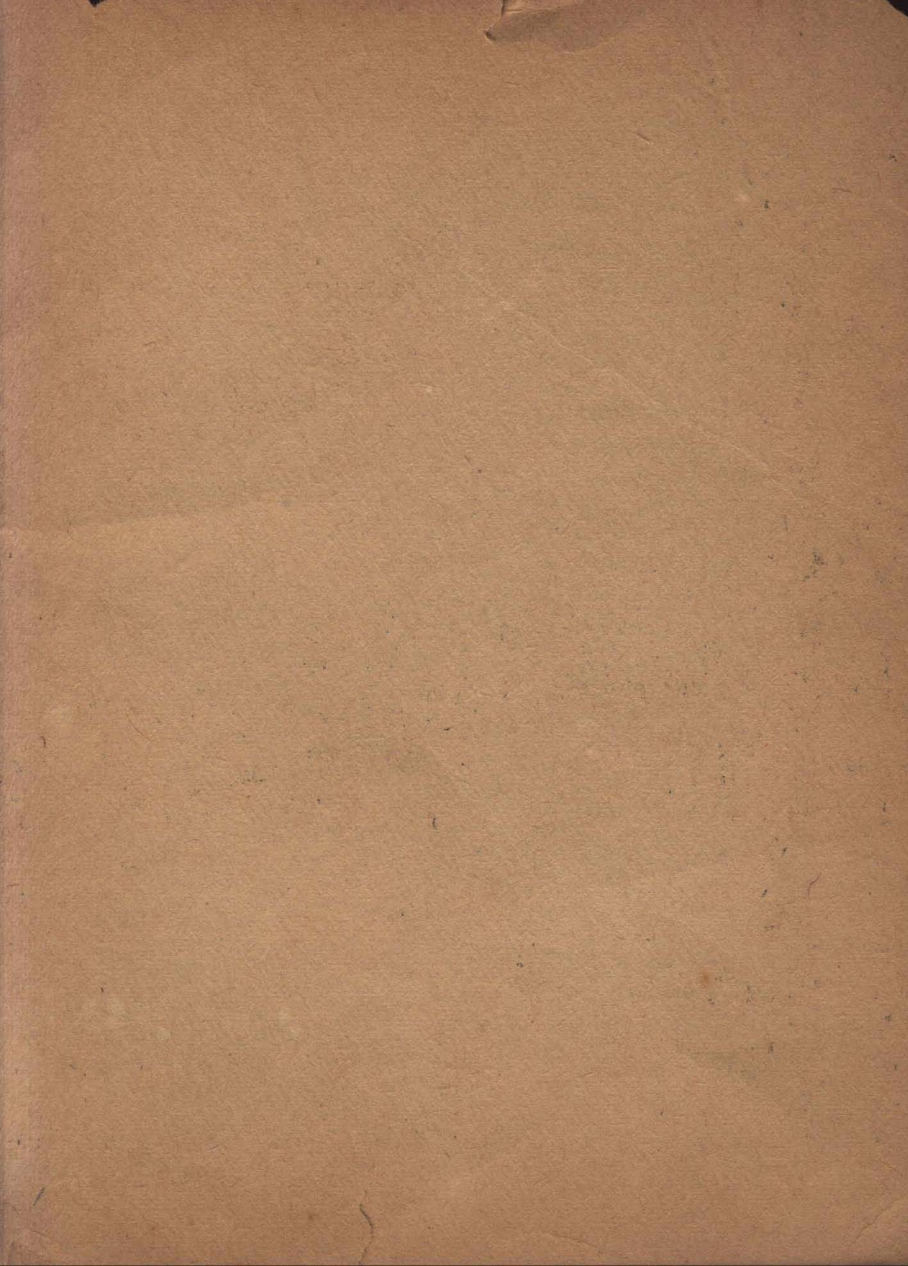
Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

SC
42

C-LA

30





CUENTOS INFANTES

LA ABEJA

1930

J. COSTA

Editorial
TOR